



Construimos DISCERNIENDO. Pistas para una vida en MISIÓN discernida

Índice:

1. Una responsabilidad compartida: HACER MÚSICA JUNTOS
2. Unos previos:
 - a. ESTAR ATENTOS, bajar el ritmo para escuchar
 - b. MIRAR COMO DIOS MIRA
 - i. Breve oración de contemplación de la realidad personal desde la contemplación de la Encarnación de EE
3. Un modo de escuchar desde lo más hondo: DISCERNIMIENTO IGNACIANO
 - a. APRENDIENDO A RECONOCER LOS ESPÍRITUS. Entrenar y promover la interioridad (reconocer los espíritus; uno para recibirlo y otro para rechazarlo”), compartiendo pinceladas generales del discernimiento ignaciano.
 - b. DISCERNIENDO JUNTOS. Discernir es ser personas, y Centros, con una Misión querida y aceptada.
4. Aprendiendo de Claudina. DISCERNIR TRAS SUS HUELLAS

1. Una responsabilidad compartida. HACER MÚSICA JUNTOS.

Nos propusieron compartir en esta tarde algo sobre discernimiento ignaciano... Una herramienta de mucha tradición en Jesús-María, no siempre conocida, que nos invita a dar un paso más en nuestros modos de ser y de hacer. Un paso no solo hacia adelante sino hacia dentro, de mayor hondura. Se nos invita a **vivir juntos la misión desde la escucha profunda de lo que Dios quiere de nosotros.**

Al pensar en cómo abordarlo nos vino a la cabeza la imagen de una **orquesta sinfónica**. Una orquesta es un conjunto de personas que hacen música juntos para embellecer el mundo. Para ello necesitan escuchar y escucharse. Y esta metáfora nos sirve para destacar algunas ideas que nos parecen importantes:

- Nosotros también somos un conjunto de personas, expertos cada uno en el instrumento que sabemos tocar -distintas vocaciones, misiones, llamadas y sensibilidades- todas ellas necesarias e importantes, pero hoy el mundo y la Iglesia nos piden ser orquesta, **hacer música juntos**. Dice el proverbio africano que *“Para educar a un niño hace falta la tribu entera”*.





En el PEG, el Papa nos invita a “*buscar compañeros de viaje en el camino de la educación*”. No son grandes metodologías novedosas lo que se nos pide...; se nos invita a ir juntos. A ponernos de acuerdo sobre cuál será la siguiente etapa y hacia dónde queremos caminar. Ir juntos como metodología en sí misma, conscientes de que los niños y niñas aprenden lo que ven.

- Se nos invita a **un pacto por la educación**. Para pactar se necesitan dos o más personas que decidan comprometerse en una causa común, donde cada instrumento es esencial y ninguno amenaza la identidad del otro sino que su música completa la armonía. No es mejor ser violín que trompeta, solo son diferentes. Se escuchan mutuamente y ninguno renuncia a su partitura pero se saben parte de un todo. Respetar, acoger y valorar la diversidad es la primera condición para el pacto. Ojalá quien asiste al concierto sepa reconocer cada sonido, cada vocación y misión y suscite el deseo de encontrar la propia.
- Para hacer música juntos **necesitamos escuchar y escucharnos**. Escucharse uno mismo, distinguir lo que está desafinado o suena estridente, y escucharnos entre nosotros para poder armonizar la melodía... para poder tocar desde el corazón y desde el don que Dios ha puesto en cada uno.
- Y lo hacemos porque el mundo necesita hoy nuestra melodía - **nuestro modo de educar al estilo de Claudina**- para embellecerlo y hacerlo un lugar más humano, más justo y más fraterno. Va bien recordarnos de vez en cuando, como institución, el sentido para el que fuimos creados, la música que nos vincula como familia. Los EE de S. Ignacio comienzan con el **Principio y Fundamento**. Se nos invita a reconocer desde el inicio el fin para el que hemos sido creados, lo que nos da las raíces más hondas. No hemos sido arrojados a esta “órbita Solar”, sino creados con un “para” genuino y compartido que nos identifica. Y eso implica descubrir a qué se nos sigue llamando hoy. Ojalá sepamos encontrar en el discernimiento, la herramienta que nos invita a escuchar para reconocer lo que Dios sigue alentando en nosotros -*alabarle*-, para acogerlo -*reverenciarle*- y para poner en marcha todas aquellas decisiones cotidianas que hagan realidad ese sueño de Dios -*servirle*-.

1. Unos previos:

Desde la conciencia de esa responsabilidad y el deseo compartido de hacer música juntos al estilo de Claudina, vamos a dar unas pinceladas sobre discernimiento ignaciano como herramienta que nos ayuda a seguir escuchando qué quiere Dios de nosotros hoy. Partimos de dos previos que nos parecen importantes...





a. **ESTAR ATENTOS, bajar el volumen para escuchar.**

“Paciencia, ya llegará; los castillos no se hacen en un día”

Discernir implica bajar el volumen... Si paseas por la montaña enzarzado a gritos en una conversación, no puedes escuchar el sonido del viento, ni los pájaros, ni el murmullo del agua a lo lejos... Y nosotros “vamos a gritos por nuestras montañas cotidianas”... Necesitamos escuchar para ser conscientes de lo que acontece dentro de nosotros y alrededor nuestro... Estamos montados en un ritmo de vida que es rápido pero nuestros procesos son lentos y necesitan escucha. El tiempo que vivimos no es precisamente lento y no es fácil sentarse a escuchar y contemplar procesos, más bien el ritmo nos arrastra y nos lleva a una velocidad que cualquier día nos pasa por encima...

Nos recuerda el Papa Francisco, aunque lo sabemos, que el mundo actual está en continua transformación y vivimos un cambio de época, una metamorfosis cultural y antropológica.

Todo resulta demasiado rápido - y aunque la pandemia parecía querer decirnos que no corramos tanto, que nos quedemos en casa y redescubramos lo que llevamos dentro- resulta que no funcionó porque nosotros le pusimos nuestro ritmo e inventamos las múltiples conexiones y recursos. Nunca antes habíamos parado de manera tan brusca y sin embargo, los materiales, conexiones, invitaciones y hobbies consiguieron entrar en nuestra casa y volver a meternos en un ritmo vertiginoso (no se vosotros pero yo viví una auténtica situación de estrés porque no me daba tiempo a mirar todo lo que llegaba a diario). Estuvimos en casa, pero no dentro de nosotros.

Cerrado el paréntesis de la pandemia, lo cierto es que rapidez y discernimiento son contradictorios e imposibles de reconciliar. Es como recorrer un bonito paisaje pero hacerlo en coche de carreras... Es imposible ver los brotes, los pequeños seres que habitan el paisaje, escuchar los sonidos de la naturaleza o percibir el matiz de los colores... son actividades incompatibles.

Estamos ante un nuevo paradigma de la historia pero no nos da tiempo a saber qué exige de nosotros y cómo queremos vivirlo. Todo es demasiado rápido y eso envuelve nuestra vida personal. A diario funcionamos a toque de agenda, de urgencias y aunque es cierto que las cosas tienen que salir adelante, con demasiada frecuencia nos imponen su ritmo y perdemos el control sobre la propia vida, además de imponerlo a los demás... todo es para ayer y tenemos que llevar adelante dos vidas, la real y la digital. La que vivimos y la que necesita nuestra respuesta en nuestro móvil o nuestro ordenador. Las urgencias hacen decidir a un ritmo que no es el del corazón, que no es el ritmo de la naturaleza ni el ritmo de Dios.





Esta rapidez también afecta a la educación. Como educadores tenemos que formarnos y cambiar a un ritmo acelerado con el fin de dotar a los niños y jóvenes no solo de conocimientos sino de capacidades, estrategias y competencias que les permitan adaptarse, enfrentarse y mejorar el mundo actual y el que vivirán a lo largo de su vida, un mundo que no sabemos cómo será porque avanza a un ritmo exponencial. Lo que ocurre es que forjar la identidad y la estructura psicológica exigen una lentitud natural propia de la evolución biológica. Y no es que no sea bueno lo que viene, seguro que sí, pero tiene algo de antinatural y tenemos que pensar los modos de enfrentarlo para que sea una evolución a favor del ser humano y no en su contra.

Necesitamos poner la pausa de vez en cuando, escucharnos por dentro y escuchar al Dios que se muestra lento y se acompasa al ritmo en el que podemos entenderle. Como tocar un instrumento, que entraña tiempo, ensayo, escucha... y nosotros pretendemos aprenderlo en un tutorial express.

La naturaleza también nos enseña mucho... El árbol de bambú es el de más rápido crecimiento que existe, pero si plantas uno en el jardín de tu casa, ya puedes esperar meses y meses que no verás resultados. El bambú pasa los 7 primeros años de su vida creciendo hacia dentro, en ese tiempo sólo crece la raíz. Pero tras 7 años empieza a vislumbrarse una planta que crecerá cada día a un ritmo vertiginoso.

Siempre me ayuda pensar en Claudina porque dicen los textos que “manejaba hábilmente la aguja” y hacer algo hábilmente es pasar haciéndolo muchas horas. Tejer es algo sereno, que no se puede hacer en medio del ajetreo, exige concentración y la imagino absorta, dejando que brotará lo que llevaba dentro mientras se dedicaba a aquella actividad manual que también le aliviaba tensiones y su continuo temblor de cabeza... A veces pienso que sería bueno implantar en nuestros centros de modo obligatorio el arte de tejer para desacelerar el ritmo de los niños y niñas, el nuestro.

La educación puede y debe adaptar sus tiempos al ritmo natural del aprendizaje, de la naturaleza... Un ritmo que nos ayude a estar más atentos a los procesos que a los resultados. A recordar que comprender es algo lento y se opone a una concepción de aprendizaje mercantilista donde mucho y rápido son sinónimos de mejor pero es superficial y efímero. Hacer las cosas de modo más pausado y natural es recordar que la persona está en el centro y darles los tiempos que necesita para ser, para crecer, para descubrir, para aprender...

Hacer las cosas más despacio tiene sus beneficios: aceptar y acoger el ritmo personal, favorece el diálogo y la comunicación sincera, despierta la creatividad, favorece la reflexión y el debate que hace calar lo que aprendemos, mejorar la participación, la concentración y nos ayuda a estar menos dispersos, ayuda a contemplar la naturaleza y sus procesos... Favorece el discernimiento. Como equipos, tenemos que ayudarnos a bajar el ritmo, a ir a lo esencial, a no querer hacer más cosas de las que podemos, a seleccionar frentes, a delegar... para poder ver, contemplar y así remar mar adentro, hacia lo esencial, hacia lo que Dios quiere.

Si bajar el ritmo y el volumen es un previo para discernir... el otro es suspender nuestros juicios y atrevernos a mirar como Dios mira.





b. MIRAR COMO DIOS MIRA. La contemplación de la Encarnación.

En los EE, San Ignacio nos propone la **contemplación de la Encarnación** para ayudarnos a entender cómo Dios apuesta por la humanidad y se hace uno de nosotros para compartir lo que somos. San Ignacio nos presenta tres escenarios que tienen una sola intención: salvar al mundo, a la humanidad, a cada persona y no condenarlos.

- Un primer escenario: El mundo con su diversidad de razas y personas. Unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos, otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo.
- Otro escenario donde las tres personas divinas contemplan el mundo y descubren todo ese caos que les duele, les hace conmoverse y en el que deciden intervenir. Determinan que sea el Hijo quien entra en el mundo para salvarlo.
- Un tercer escenario que nos hace aumentar el zoom porque “esa intervención “se da en un rincón pequeño y desconocido de esa humanidad. En una casa de Nazaret, en un diálogo entre María -una muchacha asustada- y un ángel que la invita a no tener miedo y confiar y acoger en su vientre al Dios que es salvación.

Ignacio nos invita a contemplar la escena: ver a las personas, oír lo que dicen, mirar lo que hacen. Nos invita además a entrar en la escena y a mirar como Él la mira, recordando su intención de salvar y no de condenar.

Vamos a hacer un breve ejercicio de contemplación de la realidad que cada uno/a habitamos de modo cotidiano, el lugar de nuestra vida y misión...

***Música serena.** A veces necesitamos aislarnos, ir a una capilla o a la naturaleza para sentir que nos conectamos con el Dios de la Vida, también necesitamos tener tiempo, en medio de agendas llenas... Está bien cuando llegan esos momentos pero discernir pero no es algo reservado solo a espacios o momentos de la vida, el discernimiento ignaciano es en lo cotidiano... A Dios se le encuentra en el silencio pero hay que aprender a “escucharlo” en medio del ruido y ajeteo de la vida porque ahí está hablando y habitando. Dios habita en el ruido, en el aula, en el Metro o el bus, en medio de la calle, de la vida cotidiana... también en una sala de hotel con 200 personas.*

(Invitamos a serenar, a cerrar los ojos, a respirar profundo, a sentir a Dios en medio de nosotros mirándonos y mirando la realidad que cada uno llevamos en el corazón)

Te invitamos a traer al corazón tu realidad cotidiana: personas, espacios que habitas y en los que te desenvuelves a diario, esos en los que te dejas la vida y que te ilusionan y te desgastan a partes iguales... Ir formulando sencillas preguntas:

- *¿Cómo es la realidad que habito, que viven las personas? ¿Qué dicen, qué hacen?*
- *¿Cómo es mi presencia ahí, mi mirada y palabras son de salvación o de juicio?*
- *Dejo ahora que Dios se sitúe a mi lado y me invite a mirar como Él lo hace*

Luego podemos hacer un chicheo con 1-2 personas más cercanas.





Discernir es escuchar y es mirar. Es vivir nuestra misión mirando la realidad como Dios la mira, desde el deseo de salvarla y no de juzgarla. La realidad es compleja, ya lo sabemos y hay miles de análisis y agoreros de la realidad que así nos lo muestran cada día, pero Dios nos invita a otra mirada...

La mirada de Dios sobre el mundo, sobre cada uno de nosotros es siempre de aprecio, de abundancia, de VIDA. No hay espacio para el juicio, sólo lo hay para la invitación a crecer. Su modo nos invita a descubrir que “cambiar la forma de mirar las cosas, cambia las cosas que se miran”. Y hoy se nos invita como personas, como equipos, como organización a tener una mirada de aprecio, a ver lo bueno de la realidad, del mundo, de nosotros mismos. De mirarnos no como problema sino como milagro. Como Dios nos mira.

En 1982, investigadores de la Universidad de Wisconsin realizaron un estudio del proceso de aprendizaje. Grabaron en video el juego de los dos equipos. Al equipo A le pidieron que analizara los errores cometidos. Al equipo B le pidieron que analizaran sólo los aciertos. Ambos equipos jugaron de nuevo y mejoraron. Pero el equipo B duplicó su tanteo con respecto al equipo A.

Hemos heredado la práctica ignaciana del “examen de conciencia”, analizamos nuestra vida y tomamos conciencia de cómo vivimos. Pero a menudo analizamos más los errores que los aciertos. Pensamos en lo que hemos hecho mal, repetimos lo poco que progresamos. También nuestros planes como equipo e institución suelen partir de los problemas. Así miramos la sociedad, la educación y nuestra misión: nos preguntamos por las deficiencias, tratamos de diagnosticar el porqué y después ofrecemos nuestra solución y la forma de implementarla. El resultado suele ser ¡más de lo mismo! Ponemos el foco de atención en los problemas. Suponemos que está en nuestras manos arreglarlo todo y que cada problema tiene su solución. A veces pensamos que nuestra misión de educación consiste en resolver los problemas de la infancia, la juventud, las familias y creemos que somos nosotros la solución. Ponemos el foco en lo que nos falta...

El examen ignaciano es mirarnos como Dios nos mira y dar gracias por lo que recibimos cada día. Es tomar distancia y mirarnos desde ella. Es mirar de dónde venimos y hacia donde deseamos caminar con sentido y desde la libertad personal. Es pedir luz para descubrir a Dios caminando a nuestro lado y actuando en nuestra vida. No es solo mirar los qués de lo que somos o hacemos sino los cómo. E implica también descubrir aquello en lo que nos alejamos y encerramos. Es tomar conciencia de que Dios nos invita a la vida y pedirle fuerzas para recorrerla con sentido.

Discernir es descubrir la fuente de vida de cada cosa, persona o situación y descubrir a Dios latiendo en medio de ella. Es alumbrar vida dentro de una realidad que ya tiene mucha vida. Sabemos que cuando miramos a alguien con ternura y confianza, esa persona mejora, mejora su capacidad de colaborar y cambiar.

Claudina tiene esa capacidad de ver posibilidades donde los demás ven límites. Cuando llega a casa la pequeña Duchaux tiene 12 años y un comportamiento que deja entrever su falta de valores y formación. Desde el primer día Claudina cuenta con las limitaciones y sabe que hay mucho por hacer pero sabe que “será una buena chica” y que hasta “podrá llegar a ser el consuelo de su madre”.





Es necesario cambiar nuestra mirada: de una despreciativa –hacia lo que está o funciona mal-, a una apreciativa –hacia aquello que está y funciona bien. Y esa mirada crea en nosotros el deseo de ser mejores y multiplica nuestros sueños y proyectos. En palabras de David Cooperrider: “Nuestro mundo no es un problema que hemos de resolver, sino un milagro que hemos de abrazar.”

Cuando abrazamos el milagro de lo que somos y lo apreciamos, nos abrimos al diálogo, a colaborar... Se necesitan buenas noticias. Cuando una organización ha experimentado sus limitaciones y su incapacidad, no necesita culpabilizarse, ni profetas de desgracias que le anuncien su fin. Necesita la consolación que viene del Espíritu, ser abrazada como un milagro, escuchar que tiene capacidad regenerativa, basada en las relaciones, las capacidades, fortaleza y posibilidades. Juntos podemos descubrir nuevas oportunidades y posibilidades, gestar innovaciones, pensar diferente, transformar nuestros sistemas. Así generamos “sentido”. A uno le preguntaron: “¿cómo definirías al buen líder?”. Él respondió: “muy sencillo. La tarea de un líder es crear un reajuste tal de las fuerzas que vuelva irrelevante la debilidad de la gente”.

Para mirar como Dios mira, necesitamos vivir de modo que el centro sea el corazón (*en el sentido hebreo lo corporal y lo espiritual son una unidad, el centro de la persona donde se encuentra Dios*)

Todas nuestras acciones o reacciones en la vida son un modo de respuesta a estímulos del exterior. Depende de dónde impacte dentro de nosotros respondemos de un modo u otro:

- A veces recibimos un impacto exterior que se queda en el ámbito de **los sentidos** y reaccionamos desde ahí: de un modo espontáneo y rápido. Es una respuesta automática, no pensada. Así nuestras miradas y respuestas son primarias, poco reflexivas, inmaduras...
- Otras veces, lo dejamos pasar a otra zona interior, **la inteligencia**. Lo analizamos y elaboramos una respuesta pensada. Entonces somos excesivamente racionales, nos falta espontaneidad e incluso resultamos fríos.
- En ocasiones, el estímulo llega hasta los **afectos**. Nuestra respuesta se carga de sentimientos y respondemos de modo afectivo, sensible, cambiante o imprevisible...
- Nos ayudará aprender a atravesar los niveles anteriores, para que el impacto llegue hasta el centro de nuestro ser, al **corazón**, y sea ahí donde se elabore la respuesta. Esas son nuestras respuestas maduras, discernidas, pacificadas. Ignacio la califica como persona “dueña o señora de sí” (EE 216)

En definitiva, somos una unidad compleja y, aunque este modo de catalogar resulta imperfecto y simplificador, nos ayuda a comprender algo importante: Que podemos mirar al mundo y a las personas desde dentro, desde una mirada de aprecio que nos conmueva o quedar interceptados en alguno de los otros ámbitos del Yo – de la sensibilidad, de la inteligencia o de la afectividad-. Y por tanto, salir a la realidad desde alguno de esos niveles o desde el centro.





La diferencia radica en nuestra capacidad de discernir y darnos cuenta... la realidad ya está habitada y Dios está ahí trabajando...[EE 234-237] y es, en esa realidad, donde se nos invita a reconocer su presencia.

3. Un modo de escuchar desde lo más hondo: DISCERNIMIENTO IGNACIANO

- a. **SIENDO PERSONAS DE DESEO**
- b. **APRENDIENDO A RECONOCER LOS ESPÍRITUS.** Entrenar y promover la interioridad (reconocer los espíritus; uno para recibirlo y otro para rechazarlo”), compartiendo pinceladas generales del discernimiento ignaciano.
- c. **DISCERNIENDO JUNTOS.** Discernir es ser personas, y Centros, con una Misión querida y aceptada.

4. Aprendiendo de Claudina. DISCERNIR TRAS SUS HUELLAS

Sí nosotros hoy estamos reunidos aquí y somos familia, es porque nos une una mujer. No sabemos si ella tuvo conciencia clara de aplicar el discernimiento pero contemplando momentos y aspectos de su vida, nos sirven de ejemplo para aprender a vivir una misión discernida.

- Para discernir es esencial que **haya sujeto** (EE 18)

Es decir, que exista conciencia de uno mismo, sentido, raíz... y cierta vivencia para comprender el lenguaje de la vida. Desde el inicio de su vida, Dios va forjando en Claudina un sujeto que la hará capaz de vivir a la escucha, de guardar en el corazón, de tomar decisiones desde el centro donde Dios habita. Todo lo que vivimos en nuestra vida va tejiendo la red que nos sostiene. Claudina se va haciendo persona de discernimiento porque una fuerte red la capacita para ello: lazos de familia y afecto, una fe sólida, la experiencia de solidaridad vivida en familia y con las religiosas, la capacidad de emprender y mirar al futuro que lleva en los genes... Al hilo de los acontecimientos, esa red se va a ir fortaleciendo.

Hablábamos antes de su habilidad para tejer y las horas que esa actividad le permitiría estar a la escucha atenta del corazón. Tejer es oportunidad de interioridad, de mente activa y concentración, de volver a pasar las cosas por el corazón, de una serenidad que, sin duda, la ayudará en sus cómo, sus discernimientos... Dios se vale de cualquier cosa para ir forjando nuestra personalidad.





- Claudina **descubre la complejidad y la necesidad de elegir ante los acontecimientos**

La vida no nos pregunta... Desde que estalla la Revolución, Claudina vive atenta, a la escucha y sin darse cuenta va decidiendo cómo situarse. En las discusiones de familia, el ambiente de las nuevas ideas de la ilustración que contrastan con los cimientos tradicionales en los que ha sido educada, una Iglesia dividida entre el Antiguo Régimen y la invitación a algo distinto... Todo va siendo para ella oportunidad de escucha y de toma de decisiones... Tiene que decidir si quiere encerrarse o tomar partido y la vemos asistir a los acontecimientos del Lyon asediado yendo a ver a sus hermanos a la cárcel, asistiendo seguramente a los conocidos que demandan su ayuda y no bajando la mirada cuando, finalmente, sus hermanos son fusilados ante ella.

No podemos elegir la mayoría de los acontecimientos de nuestra vida aunque muchas veces nos hacen creer que sí. La mayor parte de las cosas que vivimos nos vienen dadas: el lugar de nacimiento, la familia, la salud, los acontecimientos.... pero sí podemos elegir cómo enfrentar las circunstancias que nos toca vivir. Y eso, al menos en cristiano, implica escucha atenta, mirar como Dios mira y discernimiento.

A raíz de la muerte de sus hermanos tiene dos opciones: la amargura y el perdón. A veces, la vida da un giro y se corta de raíz aquello que nos sustenta. Claudina ve las consecuencias que la Revolución ha dejado en la ciudad, en el país, en su familia, en la Iglesia, en su barrio y en su cuerpo. No es una elección que se da de una vez sino que se da poco a poco en lo cotidiano y en las invitaciones de cada día aun con el corazón roto, en medio del silencio, transitando entre la mirada que a veces es de déficit -cuánto por hacer- y a veces de aprecio -"será una linda muchacha-".

En Claudina, las decisiones no se dan de un día para otro... Discernir no es elegir en un momento determinado. Es estar siempre a la escucha del Dios que nos habla en todas las etapas y acontecimientos, que gesta despacio la obra de arte que es nuestra vida. Necesita muchos años para vislumbrar vida, 25 años de laica comprometida antes de que el proyecto de JM vea la luz: el perdón no fue un fruto mágico, su compromiso con la educación de niños y jóvenes no fue una luz visionaria, la fundación de JM no fue una respuesta heroica en un arrebato... Todo es un proceso.

- Claudina vive **atenta a la realidad**

Permanece a la escucha de todo lo que ocurre alrededor: su familia que tanto ha cambiado, la iglesia clandestina en la que la imaginamos a junto a tantos laicos llevando la Iglesia adelante, la infancia y juventud vulnerable, las compañeras de camino que va encontrando y con las que va dando respuestas cotidianas poniendo a **la persona en el centro de sus elecciones**... Su corazón dolorido se estremecía ante la miseria, al pensar en tantas criaturas huérfanas que crecerían sin conocer el amor de Dios. Mucho que escuchar y responder desde una mirada que es siempre de aprecio y eso exige respuestas que alienten y hagan crecer la vida.





- **Claudina aprende a discernir con otros**

Desde que la familia se instala en la Croix Rousse y se reabre la Iglesia de San Bruno en 1804 vemos a Claudina de una lado a otro con muchas compañeras que comparten sensibilidad y que también están atentas a una realidad que demanda respuestas. En 1815 es destinado allí el P. Andrés Coindre que será esencial en la vida de Claudina. Juntos escuchan una realidad que clama especialmente en la infancia y juventud y van tomando decisiones que les van a ir llevando a donde no imaginan. Antes ha transitado por asociaciones clandestinas de laicos de las que ha aprendido entre otras cosas la importancia de caminar con otros y del liderazgo compartido.

Las Actas de la Asociación dan para un Congreso a parte de discernimiento en común. En ellas se muestra el talante de las asociadas: La escucha atenta a la realidad, el deseo de actuar desde la voluntad de Dios, la importancia de la oración, la organización y los procesos que van viviendo juntas mientras fundan la Providencia de San Bruno.

Al final, una vida en discernimiento y escucha crece a ritmo vertiginoso como el árbol de bambú. Tras el dolor de la muerte de sus hermanos vendrán años donde solo crece la raíz, 25 exactamente, pero luego veremos crecer la obra a ritmo vertiginoso siempre desde el deseo de hacerlo todo con el deseo de agradar a Dios y llevar adelante su reino.

Mucha vida irá surgiendo de esa raíz fundada en la escucha atenta a su voluntad: acoger a las niñas, la Asociación para sostener económicamente la obra, la segunda providencia en Pierres Plantées, la decisión de vivir en comunidad, el traslado a Fourviere cuando falta sitio, dejar la Providencia cuando es necesario, la fundación y salida en Belleville, la aprobación de la Congregación y su aprobación como Sociedad Civil... Otros muchas oportunidades tendrá Claudina de escuchar a otros, de discernimiento, de toma de decisiones y de búsqueda de lo que Dios quiere con sus compañeras de Congregación y otras personas que la vida le pone delante pero con estos ejemplos anteriores nos hacemos una idea de su talante vital y espiritual.

Un ritmo vertiginoso que tiene sólidas raíces y que nunca es consecuencia de un arrebató o impulso sino de una vida que se ha tejido desde la escucha al Dios que trabaja lento, que mira con aprecio y que sigue y seguirá trabajando cada día en el mundo que habitamos.

